



HOMILÍA VI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B 11/II/2024.

Apreciados hermanos:

Hoy, 11 de febrero, estamos celebrando este sexto domingo del tiempo ordinario, que coincide con la conmemoración de Nuestra Señora de Lourdes, y la Jornada Mundial de Oración por los Enfermos.

Las lecturas de este día vienen como anillo al dedo, pues nos hablan de la enfermedad, y de la actitud que debe tener todo fiel cristiano con los que se encuentran afligidos a causa de una enfermedad.

Preparando esta reflexión, vino a mi mente una película que vi, en mis tiempos del seminario, hace ya muchos años. El título de la película es “Molokai, la isla maldita”. En esta isla se encontraban las personas que, a causa de la lepra, eran descartadas de la sociedad y colocadas en un lugar aislado, para que no contagiaran a otros. Y a esta isla, movido por el amor a Dios y al prójimo, fue un gran misionero, el padre Damián, quien manifestó cercanía y solidaridad a todos, se hizo uno con ellos, hasta también contagiarse y morir de esa terrible enfermedad.

En la isla vivían sólo leprosos, que gritarían, como los que describe el libro del Levítico y el evangelio de Marcos: ¡Impuro! Y allí vivían, separados del resto de los hombres, olvidados por todos, esperando su muerte.

Pero la Iglesia, en su afán de cumplir el mandato nuevo del Señor: “amen los unos a los otros como yo los he amado”, nunca ha abandonado a los enfermos de lepra, ni de cualquier otra enfermedad; siempre ha estado atenta ofreciendo atención médica y, por eso, ha creado centros hospitalarios para los más desfavorecidos; y, sobre todo, los ha atendido espiritualmente administrando el sacramento de la unción de los enfermos.

En tiempos de Jesús, hemos leído, les exigían a los leprosos una doble dosis de sufrimiento: el sufrimiento de la enfermedad más el sufrimiento de la soledad. Lamentablemente, hoy, muchos enfermos y ancianos viven esta terrible realidad, pues no son debidamente atendidos y se encuentran prácticamente solos.

¿Cómo actuó Jesús ante la petición del leproso?

- Jesús miró con compasión al leproso, le tocó, y le dijo: quiero, queda limpio.
- Jesús tocó al intocable, y se hizo leproso con él y se contaminó. Y nos enseñó que nadie es intocable, que todos podemos ser tocados por el amor de Dios y podemos quedar limpios.
- Jesús tocó al leproso porque sintió compasión y amor, y el amor verdadero necesita tocar para reunir y sanar las múltiples heridas del corazón.

Queridos hermanos, Jesús nos quiere tocar, pero hay que acercarse a Él con

fe, pero es necesario ser valiente, como el leproso que rompe las leyes establecidas, y le pide que lo limpie para ser integrado nuevamente a la comunidad, a la familia, al culto, a la oración en el templo.

Y debemos tener esa experiencia personal con Jesús, médico de nuestro cuerpo y espíritu, para después poder cumplir lo que nos manda San Pablo, en la segunda lectura: “Imiten a Jesús”; gran parte de la misión que realizó Jesús, en sus últimos 3 años, fue estar cerca de los enfermos, consolarlos, sanarlos con su presencia, devolverles la esperanza. Son muchas las páginas de los Evangelios que narran estos encuentros: el parálítico, el ciego, el leproso (del evangelio de hoy), el endemoniado, el epiléptico, e innumerables enfermos de todo tipo, y al final de cada encuentro, los enfermos glorificaban al Señor.

Todos, sacerdotes y laicos, debemos cumplir la obra de misericordia Espiritual: “visitar a los enfermos”. La acción pastoral con los enfermos debe considerarse como una prioridad en cada parroquia, porque es un signo privilegiado de la presencia del amor de Dios, y de la presencia del Reino en medio de los que sufren; y en no pocas ocasiones es, además, un modo idóneo para contactar con el propio enfermo y su familia, a veces alejados de la Iglesia. Toda parroquia debe tener una Pastoral de Enfermos.

Por eso, los presbíteros deben tener siempre una gran disponibilidad para visitar a los enfermos y atenderlos sacramentalmente, ya que es un signo de la preocupación de Jesús por los que sufren. Asimismo, los laicos deben apoyar a los sacerdotes en esta tarea. Hay que comprender que, en una situación de enfermedad grave de una persona, los parientes están muy sensibles. Un rechazo de parte del sacerdote o una demora innecesaria pueden significar (como lamentablemente ha sucedido) un alejamiento definitivo de la Iglesia o, incluso, una pérdida total de fe estos parientes.

Es una gran alegría para el enfermo y su familia la visita del sacerdote o un miembro de la parroquia, quienes invitarán a los enfermos a unirse a los sufrimientos de Cristo, a pedir perdón por sus pecados y les ofrecerán consuelo y conforto. Una vez una persona joven, de 38 años, enfermó gravemente de cáncer, y recibió la visita de un sacerdote. Después de escucharlo en el sacramento de la confesión y ungirlo con el sacramento de la unción de los enfermos, el enfermo, llorando y tembloroso, ante la proximidad de su muerte, les mostró sus manos, y le dijo: tengo las manos vacías. El sacerdote le pide que repita el gesto. Y, al hacerlo, le pone en sus manos un crucifijo, diciendo: tus manos ya están llenas. Cristo murió por ti, por amor, y te espera.

En su mensaje para la Jornada de Oración por los Enfermos, el papa nos pide: “Cuidemos a quienes sufren y están solos, e incluso marginados y descartados. Con el amor recíproco que Cristo Señor nos da en la oración, sobre todo en la Eucaristía, sanemos las heridas de la soledad y del aislamiento. Cooperemos así a contrarrestar la cultura del individualismo, de la indiferencia, del descarte, y hagamos crecer la cultura de la ternura y de la compasión”.

Tengamos siempre presente, en nuestra pastoral de atención a los enfermos, el consejo que una vez brindó una hija de la Madre Teresa, cuando le preguntaron si se necesitaba una vocación especial para tratar y servir a los enfermos, contestó: “Sólo hacen falta tres cosas: una mirada de afecto, una sonrisa constante y el corazón en las manos”. ¡Y todos, si nos lo proponemos, podemos tener estas tres cosas!

Encomendemos, especialmente a la Santísima Virgen de Lourdes, a todos los que padecen enfermedad del cuerpo y del espíritu, a fin que puedan recibir de sus hermanos la atención, el cuidado que necesitan, y de los sacerdotes los auxilios divinos que les permitan aceptar la enfermedad, fortalecer su alma y prepararse al encuentro definitivo con el Señor.


† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2024/039